

Felipe Martínez Marzoa, *Releer a Kant*, editorial Anthropos, Barcelona, 1989.

Con *Releer a Kant*, un libro denso aunque breve en páginas, el profesor Martínez Marzoa no se propone ofrecer una nueva introducción a la filosofía de Kant. El mismo título nos pone sobre aviso: se trata de una relectura. En efecto, este libro espera que su lector ya esté familiarizado de algún modo con la filosofía de Kant y que tenga, por lo tanto, su propia lectura interpretativa. Releer significa haber leído ya una vez y haber ganado una perspectiva desde la cual sea posible abarcar el conjunto. Sólo así hemos de ser capaces de distinguir el camino más recto que nos conduzca de las partes al todo. La relectura es el proceso final de esta tarea de comprensión, en ella se prueba si el mapa de la totalidad puede ser recorrido por partes y sin tropiezos, siguiendo únicamente la principal línea del argumento. En consecuencia, Martínez Marzoa nos propone que recorramos de nuevo la amplia obra crítica de Kant, pero esta vez bajo su batuta, y que confrontemos si su camino coincide con el nuestro.

Para poder acometer tal empresa tenemos que aceptar dogmáticamente una tesis, de la cual se sigue una renuncia inevitable. La tesis se refiere a la idea de que el conjunto de la obra escrita de Kant forma un sistema cerrado y coherente, o que, por lo menos, Kant tenía esa intención que, quizás por alguna causa externa, no pudo completar del todo. Sin aceptación de esta tesis, es evidente que no es posible buscar el modo de exponer la totalidad de la filosofía kantiana; pero, por otro lado, su aceptación nos lleva a renunciar a todo aquello que no pueda ser incluido dentro de ese sistema ideal. En efecto, hemos de renunciar a todo lo que no es apropiado al sistema; y en concre-

to, a todas las dudas, vacilaciones y contradicciones que puedan aparecer en la obra escrita de Kant. Renunciamos, en definitiva, al aspecto histórico y a la individualidad que se oculta detrás de cualquier filosofía, por muchas pretensiones de universalidad que ésta tenga.

Ahora bien, el autor de *Releer a Kant* no se propone una tarea de carácter histórico o filológico, pues el discurso con el que se enfrenta no es sólo un documento que hemos heredado de la tradición, sino que también es un discurso con una actualidad o vigencia que nos permite vincularnos inmediatamente a lo dicho por Kant. Esto es así porque nos sentimos afectados por ese esfuerzo kantiano de comprensión del mundo y del hombre, que es semejante, por lo menos parcialmente, al nuestro, y por su incitación siempre rigurosa a la reflexión. En definitiva, este libro está dirigido a aquellos que consideran que la filosofía de Kant es algo más que un trozo de pasado. Martínez Marzoa defiende esta vinculación con un pensamiento que para muchos ya está desfasado. Solamente desde esta perspectiva, no nos cuesta aceptar esta tesis que es el punto de partida del libro, aunque personalmente consideremos imprescindible no olvidar nunca la renuncia que esto conlleva.

Por esta necesidad de superar las contradicciones y mostrarnos la coherencia del pensamiento de Kant, es por lo que, a nuestro entender, el autor se demora sobre todo en aquellos lugares donde los elementos del sistema pueden encontrar más dificultades para armonizarse entre sí. Esto ocurre especialmente cuando hay que mostrar que la estructura interna del conocer y la de la razón no son duales. En el primer caso, respecto de la estructura del conocer, no es difícil demostrar que la dualidad entre la sensación y el concepto es una astucia metodológica que facilita la exposición de la síntesis cognitiva.

La sensación y el concepto no son más que las dos caras de una misma moneda, y el propio Kant ya subrayó su necesaria dependencia recíproca. Más difícil se hace encontrar una justificación de la correspondencia en el segundo caso, donde existe una clara dualidad entre conocimiento teórico y decisión práctica, como dos usos diferenciados de la razón. Martínez Marzoa no niega que estos dos usos o discursos son irreductibles uno al otro, pero, con todo, sugiere que Kant propone una superación de la dualidad a través de la doctrina de la figura bella tal como la encontramos en la *Crítica del juicio*. En este sentido no hay duda de que en *Re-leer a Kant* está muy presente el anterior libro de Martínez Marzoa, *Desconocida raíz común* (Madrid, 1987), donde se hacía una lectura muy atenta de la *Crítica del juicio*, a partir del papel mediador que esta obra tenía que jugar entre las otras dos *críticas*. La *Crítica del juicio* se puede interpretar, entonces, como el esfuerzo de Kant por encontrar la forma de salir del dualismo en el que había caído el doble uso de la razón. Hay que recordar ahora que esta necesidad de una coherencia del sistema total también tiene una raíz histórica, pues los primeros seguidores del kantismo, especialmente Reinhold y Fichte, también buscaron acordar toda la doctrina de Kant en un sistema unitario. Ahora bien, Martínez Marzoa rechaza de plano, al principio del libro, que su lectura pueda haber sido influenciada por estas primeras interpretaciones de la filosofía de Kant, y considera que esta unidad del sistema es inherente a una exigencia primera y fundamental, que es el motor de toda la especulación kantiana. El libro que reseñamos pretende únicamente poner al descubierto esa exigencia primera que es la que pone en marcha, por así decir, la reflexión filosófica de Kant.

Esa exigencia, pues, ha de servir de hilo conductor de esta relectura, y ha de ser-

vir, además, de elemento conciliador de las dualidades que acabamos de citar. Pero, ¿cuál es esa exigencia que pone en marcha todo el pensar kantiano? Según Martínez Marzoa, esa exigencia procede de la necesidad de poner de manifiesto lo que sea la razón, entendida, a partir de la época moderna, como el ámbito de la *quaestio juris* en general; y esto se alcanza a través de una explicitación o interpretación del hombre como sujeto, teniendo en cuenta que ahora el término *sujeto* recibe un nuevo uso (cfr. p. 36). Martínez Marzoa define ese sujeto puro, es decir, el posible sujeto en general, como «aquello en lo cual, para lo cual y en virtud de lo cual puede haber en general uno u otro tipo de validez o legitimidad» (p. 127). El hombre se interpreta por tanto como *soporte de la validez del discurso*. Este discurso tendrá dos modos característicos de presentarse: como conocimiento, y estamos en el ámbito del uso teórico de la razón, y como decisión, y, en este caso, el uso es práctico. La estrategia a seguir no es difícil de adivinar. Tras haber reconocido la exigencia que mueve la reflexión filosófica de Kant, a saber, la necesidad de mostrar la legitimidad del sujeto a legitimar su discurso, lo único que resta es mostrar cómo se realiza esa legitimación tanto en el discurso cognoscitivo como en el práctico. (Anotemos aquí de pasada que en toda esta reflexión sobre la centralidad del sujeto no se puede olvidar el antecedente de Heidegger; sin embargo, éste no es el lugar indicado para poner de manifiesto el alcance concreto de esta influencia sobre la propia lectura de Martínez Marzoa.)

Conviene empezar por el discurso teórico. La legitimidad o validez del conocimiento de objetos desde el sujeto ha de ser buscada en la misma posibilidad del conocimiento. Aceptamos que *hay* esos conocimientos como un hecho empíricamente contrastable. Ahora de lo que se

trata es de *justificar* por qué se dan precisamente estos conocimientos y no otros. Esta pregunta no puede ser contestada desde la mera constatación de lo que hay, sino desde un ámbito previo que es desde donde lo que hay es posible. En efecto, hay algo previo en el conocer que es la condición de la posibilidad de que se den unos conocimientos con contenido. Este ámbito previo es lo trascendental que se presenta entonces como el modo de la investigación de las condiciones de la posibilidad del conocimiento, y que, como tal, ha de pertenecer al conocimiento *antes* de que éste tenga contenidos concretos. Lo previo del conocimiento es, por lo tanto, forma. Este «antes» no determina a lo buscado como un conocimiento *a priori*, sino como una posibilidad del conocimiento. Que el conocimiento trascendental no sea un tipo de conocimiento especial, caracterizado por su apriorismo, es una de las tesis interpretativas más tenaces del libro. A partir de estas importantísimas aclaraciones iniciales que se refieren en general a esa exigencia de una validez del discurso cognoscitivo, Martínez Marzoa emprende la tarea de explicitar las formas concretas de la posibilidad del conocimiento y lo hace siguiendo de cerca el desarrollo de las dos primeras etapas de la *Crítica de la razón pura*, a saber, la *Estética trascendental* y la *Análítica trascendental*. Los capítulos IV a VIII del libro de Martínez Marzoa destilan la sustancia de la doctrina trascendental del conocimiento mediante una argumentación muy cuidadosa. Dos elementos, como formas del conocimiento, han de servir para legitimarlo. La sensación, que determina formalmente lo que procede de fuera del conocimiento, es la primera forma del conocimiento. Esta sensación es, en realidad, una multitud o pluralidad de sensaciones que necesitan ser recogidas en una unidad, y esto es posible gracias a una actividad constructi-

va que transforma la pluralidad en unidad. Por este camino llegamos, pues, hasta el concepto, que es el segundo elemento que participa en la actividad de conocer. Sensación y concepto son los dos polos formales que configuran el conocimiento. Ambos son imprescindibles. En un segundo momento, Martínez Marzoa muestra cómo es posible regresar desde el concepto hasta alcanzar la sensación, pues este tránsito de ida y vuelta es imprescindible para legitimar la mutua vinculación de las formas del conocimiento. Ahora bien, de esta vinculación no se sigue que alguna de las dos formas sea reducible a la otra, sino que, por el contrario, la vinculación se resuelve en una síntesis. La sensación y el conocimiento, como ya hemos anticipado al hablar de las dualidades del sistema, son las dos caras de la síntesis que forma el conocimiento (cfr. p. 64). Tanto la pluralidad como la actividad de agrupación de esa pluralidad en una unidad necesaria se tienen que tomar, recordémoslo, desde una perspectiva formal, y, por lo tanto, como las «condiciones de la posibilidad» de una síntesis concreta. En efecto, la síntesis pura aquí estudiada no está determinada por un cierto caso, sino que es completamente indeterminada y vale para cada caso. La cuestión fundamental que hay que resolver para poder completar la explicación de este proceso de síntesis es la siguiente: ¿desde dónde se realiza la síntesis? La primera edición de la *Crítica de la razón pura* contesta: «desde la imaginación». La imaginación preside la vinculación entre el producto de la sensibilidad, la sensación, y el producto del entendimiento, el concepto, sin ser por eso una facultad intermedia. Por el contrario, en la segunda edición de 1787, Kant propone una subordinación de la sensación al concepto. Martínez Marzoa considera que, si bien en la segunda edición existe una tendencia a suprimir ese papel central de la ima-

ginación, esta tendencia no se concreta de una forma definitiva (cfr. p. 82), pues Kant conserva muchos pasajes donde se sigue defendiendo la tesis de que existe una facultad mediadora. El papel desempeñado por la imaginación entre la razón teórica y la razón práctica ha de venir en defensa de esta argumentación como veremos más adelante. Sin embargo, y a pesar de lo convincente de la argumentación que desarrolla Martínez Marzoa, no quedan explicadas con claridad suficiente las razones por las que Kant afirma en la primera parte de la *Análítica* que sólo hay dos fuentes del conocimiento (B 75), para luego pasar a hablar de *tres* en la *Deducción* (A 115). Este cambio es muy difícil de justificar desde la idea de coherencia del sistema; y, en este caso, consideramos imprescindible el empleo de un análisis histórico y filológico para poder llegar a comprender ese cambio.

Una vez alcanzada esta primera legitimación del discurso cognoscitivo se pueden sacar algunas consecuencias. Podemos enumerar las más importantes. Por ejemplo, la idea de una *objetividad* que es la que determina el hecho de que sólo una figura es la válida entre muchas, aunque *a priori* no se pueda determinar cuál, o la idea del *yo* como lugar donde se reúnen e integran todas estas representaciones, o, finalmente, la relación de las *categorías* con una de las formas puras de la sensibilidad, el *tiempo*. Este último apartado es de especial interés porque Martínez Marzoa esclarece las oscuras definiciones que hace Kant de las distintas categorías a partir del tiempo como forma interna de la sensibilidad.

La exposición de la estrategia de Kant para legitimar el conocimiento ocupa una gran parte del libro de Martínez Marzoa, y los tres últimos capítulos quieren decir mucho en poco espacio ya que en ellos se tratan algunos aspectos fundamentales de la *Crítica de la razón práctica* y de la *Crítica*

del juicio, así como de la *Dialéctica trascendental* de la *Crítica de la razón pura*, de una forma quizá demasiado rápida. Al igual que ha hecho con el conocimiento, el autor de *Releer a Kant* pretende resumir el argumento fundamental que legitima el otro tipo de discurso, el discurso práctico. Con vistas a ello, el primer paso que hay que dar es el de purificar el discurso práctico de cualquier constrictión empírica dejando el concepto de decisión y su objeto, la acción, como únicos elementos de la investigación. En el conocimiento de una serie de alternativas no existe ninguna pista que nos imponga la necesidad de adoptar una sola de esas alternativas. Preferir una alternativa, decidir cuál es mi alternativa, es un acto del yo, que no se encuentra en el mismo plano que el conocimiento. Es la decisión la que atribuye un valor a cada alternativa y opta por una de ellas. A este acto de atribución Kant lo llama *máxima*. La máxima tiene un contenido y, por consiguiente, no puede ser ni necesaria ni universal, dado que yo siempre puedo cambiar a voluntad el contenido de la máxima. Sin embargo, lo que no puedo cambiar es la forma misma de esa máxima, es decir, la necesidad misma de decidir. «*La necesidad no se orienta por fines, sino que los pone, y no persigue cosas que fuesen de suyo bienes, sino que decide qué son bienes.*» (p. 104) A nuestro entender, Martínez Marzoa sintetiza en esta frase, con gran acierto, la esencia de la decisión al caracterizarla como la posibilidad de la misma decisión de ser legitimada. Esta es, en general, tal como explicamos, la primera exigencia del kantismo que ahora se nos aparece bajo el punto de vista del discurso práctico. Dada la gran perspicacia con la que el autor trata el problema del discurso práctico echamos de menos una mayor profundización en los distintos elementos subsidiarios que conforman la *Crítica de la razón práctica*. Quizá podemos

esperar de Martínez Marzoa un tercer libro que complete los dos trabajos que ha publicado hasta el momento sobre la filosofía de Kant.

Al final de *Releer a Kant*, Martínez Marzoa vuela sobre el problema, ya tratado en su anterior libro *Desconocida raíz común*, de la dualidad de la razón en su doble uso práctico y teórico, y que nosotros citamos al principio de este comentario. Este problema se sintetiza en la pregunta de cómo es posible vincular el discurso práctico al teórico sin que por ello se reduzca uno al otro. También aquí nos complace la solución propuesta por Martínez Marzoa. La irreductibilidad de un discurso a otro no implica que estos discursos sean las dos partes de un todo que los abarca. Más bien cabría entender que es cada discurso ese mismo todo, aunque tomado cada vez por separado de tal manera que sea imposible que ambos discursos coincidan al unísono en su aplicación a un objeto. Los mismos objetos pueden ser enfocados desde el conocimiento o desde la decisión, estableciéndose de esta forma siempre una disyuntiva. Cabe, sin embargo, buscar una raíz común que, según Martínez Marzoa, puede encontrarse en la misma solución propuesta para la síntesis de la sensación y el concepto. Esta «desconocida raíz común» es la imaginación que, en la figura bella, esquematiza sin conceptos. Esta expresión «esquematisar sin conceptos» significa que se encuentra una unidad a la pluralidad, significa que existe una figura que ordena lo múltiple, aunque ahora esa unidad o figura no responde a un concepto ni puede ser expresada por éste (p. 120).

Hemos visto, pues, que el libro de Martínez Marzoa nos propone un paseo por un territorio conocido. Se trata de descubrir el espíritu de la filosofía de Kant. En este paseo se destacan dos aspectos. El primero sería la concreción de la exigencia central o motivo y motor del

criticismo que es la justificación de la posibilidad del discurso; el segundo aspecto sería la existencia de dos pares de términos duales —sensación y concepto, teoría y práctica— que sólo encuentran su reconciliación en la fuerza imaginativa.

En este resumen de las principales tesis que sustenta Martínez Marzoa en su libro *Releer a Kant*, no era posible entrar a discutir en detalle aquellos aspectos más controvertidos de su excelente interpretación. La identificación de lo trascendental y lo metafísico, o la caracterización de la imaginación como esa desconocida raíz común, por poner sólo dos ejemplos, son cuestiones de matiz que hemos preferido reservar para una discusión posterior.

Alfonso Freire

Octavi Fullat, *Eulàlia o la benparlada*, Plaza y Janés, Barcelona 1987. *Eulàlia, la del buen hablar*, CEAC, Barcelona 1987 (versión castellana).

Octavi Fullat, catedrático de Filosofía de la Educación en la Universidad Autónoma de Barcelona, nos ofrece con *Eulàlia o la benparlada* el último fruto de su reflexión sobre el acto educativo. De su larga trayectoria como ensayista sobre estos temas nos hablan los 21 libros de su bibliografía dedicados a temas de Filosofía de la Educación.

Octavi Fullat nos indica en el inicio del libro que su *Eulàlia* es «una pedagogía feta carn femenina» y que su pretensión es hablarnos de ella, proponiéndola como «una pedagogía estimulant per aquest ocàs del segle XX». Su intención, pues, queda clara desde el primer momento; se tratará de un libro sobre pedagogía, sobre la propuesta pedagógica de O. Fullat.

Una pregunta nos asalta: ¿por qué ha escogido esa forma de presentar su pensamiento y no la tradicional del ensayo como había hecho hasta ahora?